



A la izquierda, Servanda Cádiz posa en su casa. A la derecha, imagen de una mujer gitana, tomada por Miguel Heredia para integrar una exposición en Ingenio.

**L**a sociedad española vive en permanente contradicción entre lo que tolera y lo que dice tolerar, entre lo que comprende como racismo y lo que practica con quienes considera diferentes. Los gitanos son los que más sufren esa confusión social sobre lo que nos gusta y lo que no nos queda más remedio, precisamente porque, como españoles, forman parte de esta sociedad.

Ese confuso vaivén de sentimientos contradictorios queda reflejado en las encuestas. Las del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), por ejemplo, revelan que sólo hay un 9% de españoles a los que les molesta mucho o bastante tener como vecinos a los miembros de una familia gitana.

Es muy probable que muchos de los ciudadanos que afirman tener esa molestia forman parte del 75% que tolera el tabaco, o del 74% al que le parece bien el sexo antes del matrimonio o del 40% que permite las drogas ilegales. Y con bastante probabilidad integran el grupo de los que no pasan por aguantar las costumbres ajenas. Y es que los españoles, cuando rellenan encuestas, no tienen reparos para definirse en un

## El racismo es de otros

cúmulo de contradicciones. El 80% dice tolerar el aborto; sólo el 32% tolera las costumbres gitanas. Aparentemente casi cualquier práctica recibe un mayor grado de tolerancia por parte de la sociedad española que las costumbres de otros españoles de distinta raza. Por eso, el 54% ve a su propio país como racista. Pero ojo con el calificativo de racista. Quienes hablan en esos términos se refieren siempre a los demás, nunca a sí mismos.

El racismo moderno, concepto acuñado por los norteamericanos Sears y Kinder en 1970, no se basa en los estereotipos burdos ni la discriminación descarada, sino que es más bien una cuestión de sutileza, algo indirecto a la par que educado: el racismo moderno nunca dirá que los negros son perezosos, sino que los blancos son más ambiciosos; ni que el bajo nivel social de los gitanos se debe a la falta de oportunidades, sino su escaso esfuerzo y su poca capacidad. Muchos se declaran antiracistas, pero en la guagua evitan sentarse al lado del gitano o del

negro. «No es por nada, pobres, sino que me da no sé qué», es una frase muy común.

El racismo actual lo practican a menudo personas que se consideran progresistas, sin prejuicios, que no odian al diferente; sólo sienten incomodidad, inseguridad o temor en su presencia, y por lo mismo, lo evitan.

Aunque las estadísticas arrojan torrentes de datos sobre aparente tolerancia, la realidad se empeña en contradecirlas. A mediados de mayo pasado, la Seguridad Social negó la pensión a una mujer cuyo marido cotizó durante 20 años. La viuda es gitana, tiene seis hijos y se casó en 1971 por el rito gitano. A pesar de los numerosos documentos que acreditan la convivencia, además de los seis hijos en común y los muchos testigos, a la Administración no le vale, al contrario que en los casos de otras mujeres, payas, que también han alegado convivencias de varias décadas para obtener la paga correspondiente.

Otra realidad que contradice cifras se pudo observar en un pro-

grama producido por El Mundo TV y emitido en Telemadrid en marzo de 2002, en el que quedaba patente la discriminación hacia la comunidad gitana a la hora de acceder a guarderías para sus hijos. Los centros que negaron la plaza a un niño gitano de 18 meses la concedieron media hora más tarde a un bebé payo de la misma edad.

Los datos del CIS revelan continuas e interesantes contradicciones. Por ejemplo, el 92% de los españoles opina que toda persona debería tener libertad para vivir y trabajar en cualquier país, aunque no sea el suyo. Y un 50% piensa incluso que la inmigración es más bien positiva para los países desarrollados que la reciben. Pero, a ser posible, que sea en otra parte, lejos de casa.

Si usted no se considera racista, puede que también se encuadre en ese 83% de ciudadanos españoles que aseguran no importarles que sus hijos compartan la clase con inmigrantes extranjeros. Pero quizá también opine, como el 40,4%, que las chicas musulmanas no deben utilizar el pañuelo característico.

En la vida diaria, los tópicos persisten. El racismo existe.